

Carlos Andrés Pérez. ¿Presidente, líder o historia?

Caballero, Manuel

Manuel Caballero: Ensayista e historiador venezolano. Ha sido director de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela - UCV. Autor, entre otros libros, de *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Nueva Sociedad, 1987.

Pese a ser considerado como un político práctico («pragmático», para seguir la moda), cualquier artículo sobre la personalidad de Carlos Andrés Pérez resultaría demasiado teórico si, escrito antes de la intentona militar del 4 de febrero de 1992, se contentase con un pie de página referido a los hechos. Si ha sido necesario cambiar el esquema inicial es porque, aunque pudiese parecer extraño en quien ha sido dos veces Presidente de Venezuela, le faltaba un examen para graduarse de hombre de poder: su reacción no en el momento de «una» crisis, sino en el momento de «la» crisis

El día 4 de febrero, Carlos Andrés Pérez demostró algunas cualidades que se sospechaban en él, pero que no se habían puesto a prueba porque la aparente solidez del sistema político venezolano hacía pensar que eran innecesarias o cuando menos, demodés: sangre fría, audacia, firmeza, capacidad para asimilar el golpe y claridad de vista para devolverlo de inmediato. El todo envuelto en ese imponderable que siempre está presente en toda acción política, en toda acción humana. Ese caprichoso e impredecible árbitro de (según Maquiavelo) al menos la mitad de nuestras acciones: la Fortuna.

La crisis sacó a flote esas cualidades que se habían ido ocultando, como en el antiguo deportista la grasa va cubriendo paulatina e imperceptiblemente el músculo antaño duro y flexible. Antes del 4 de febrero, se había ido formando una imagen pública de Carlos Andrés Pérez en donde el dinamismo se había vuelto hiperquinesia, una rueda girando en el vacío; el democratismo persuasivo, verborrea incontinente; la firmeza política, sordera y terquedad seniles; y el gobernante consensual se había trocado en buscador de aplausos, afuera cuando no adentro. Para remate,

el reordenamiento del poder mundial había dejado al líder «tercermundista» colgado de la brocha, al sacarle de abajo la escalera del bipolarismo.

Carlos Andrés Pérez no ha pasado por una crisis: el sistema democrático venezolano pasó por ella, tanto más conmovedora cuanto más inesperada: ya nadie quería escuchar los gritos de que el lobo venía. Como en toda crisis, el momento crucial determina que el enfermo mejora o se muere. No nos corresponde en estas páginas analizar cuáles son las perspectivas de una u otra cosa para ese sistema, sino el papel que en Venezuela juega su actual Presidente, el cual por un momento estuvo a punto de ser despojado, como el padre de Hamlet, of crown, of life. En aquella madrugada se enfrentó a una situación límite. La primera prueba fue aprobada con una nota excelente. Pero le corresponde ahora demostrar que pasará el examen completo.

Sería tentador decir que, para el Presidente de Venezuela, el 4 de febrero señala el límite entre el líder político y el líder histórico. Todavía es demasiado temprano para proponerlo sin que suene a pedantería académica. Digamos simplemente que antes que a ninguna otra, se enfrenta ahora a su propia historia. Porque Carlos Andrés Pérez no es un Carlos Saúl Menem, llegado a la Casa Rosada prácticamente desde el limbo: no hay que olvidar que el venezolano es el primer Presidente reelecto por el voto popular. Y por otra parte, y en esto sí se parece a Menem, tiene el telón de fondo personal y la obsesión de una gran figura histórica: Rómulo Betancourt. Cuando el vicealmirante Iván Canatú lo llevaba hasta el estudio de TV, desde donde se dirigiría a la Nación para informarles de la intentona, cubierto con un impermeable y oliendo tal vez a la pólvora que le había llegado tan cerca, Carlos Andrés Pérez debió pensar en la obsesión de Betancourt, en junio de 1960, camino del Hospital Universitario después del atentado de Los Próceres: ¡un micrófono, mi reino por un micrófono!

Las páginas que siguen intentan ver, desde la cúspide del 4 de febrero, esas dos vertientes de la historia de Carlos Andrés Pérez: la del líder político enfrentado a su propia tradición personal y la del líder de un movimiento histórico, enfrentado a la imagen del fundador.

Gambitos

Cuando Carlos Andrés Pérez asumió por primera vez la Presidencia de la República en 1974, publicamos como molesto desafío un poema de Caupolicán Ovalles que en los años 60 había sido considerado insultante y subversivo - y que ambas cosas

era, la primera de hecho, la segunda de intenciones - por el entonces ministro del Interior, Carlos Andrés Pérez. Lo hicimos preceder esta vez de un prólogo mío no menos insultante y peor aún: la última frase («que el señor Pérez sea presa de temblores») era un calco, letra por letra, de la última frase del artículo de Charles Maurras contra Jean Jaurés (que Monsieur Jaurés soit pris de tremblements) el día antes de que la bala de un fanático liquidara al líder socialista (coincidiendo entre otras cosas con el estallido de la primera guerra mundial). A raíz del 4 de febrero, en El Diario de Caracas, escribí para manifestar mi apoyo sin ninguna reticencia al gobierno de Carlos Andrés Pérez frente a la asonada militar que, como intención primera o segunda, llevaba la de liquidarlo, como Jaurés o como Allende. O como Carlos Delgado Chalbaud, si no se quieren importar ejemplos para Venezuela.

Entre un texto y otro hay casi veinte años. Lo esencial no es eso, pues todo el mundo puede cambiar de opinión, sea por convencimiento o por oportunismo, y mucho más en un lapso tan prolongado. Ni siquiera resulta particularmente interesante saber que quien escribió ambas páginas nunca ha dejado de oponerse a los gobiernos donde Carlos Andrés Pérez ha jugado un rol protagónico, incluyendo el presente. Ni tampoco hay en este caso la posibilidad de jactarse de ser original, pues ante el peligro que corrió por un momento el sistema democrático, la oposición, como dice la expresión consagrada, «depuso sus diferencias» y manifestó su respaldo al gobierno constitucional. Lo que resulta peculiar de esta situación es que, esta vez, ese gambito de caballo fue obra de sus opositores, y no iniciativa del Presidente. Porque hasta ahora, lo tradicional era que Carlos Andrés Pérez desconcertase a sus adversarios saltando por encima de sus cabezas para proponer una política que los dejase desarmados y en ciertos casos - como en el de la izquierda completamente desnudos.

Ya había quedado, así, enterrada en la memoria colectiva la imagen del Carlos Andrés Pérez de los años 60. Al bajar las aguas, se repartían las culpas y, en todo caso, no estando él entonces a la cabeza del Estado, se tendía a recordarlo más como el ejecutor de una política que como su responsable, cosa por lo demás asumida orgullosamente por Betancourt en su momento. En cambio, había quedado como base para su biografía política el título que, entre desconcertado y adulatorio, le habían dado a la vez sus partidarios y alguna prensa después de 1968: el de «segundo fundador» de AD. Carlos Andrés Pérez había sacado a Acción Democrática de la más profunda crisis conocida desde su fundación, cuando uno de sus líderes históricos, Luis Beltrán Prieto, produjo en su interior un cisma (y no, como en los casos de las divisiones anteriores, una simple secta protestante) que entre otras cosas hizo que perdiera unas elecciones en favor de su enemigo histórico, y aliado cir-

cunstancial, la democracia cristiana de Rafael Caldera. Pero no se había contentado con rehacer el partido, sino que había logrado una transformación de su propia imagen personal: en un quinquenio, aquel sombrío «ministro-policía» mezcla de Javert con Fouché, «todo de negro hasta los pies vestido», se había transformado en un líder de empaque juvenil y kennediano; y llegaba al poder con una avalancha de votos como nunca nadie lo había logrado en la historia de Venezuela. Primer gambito.

Todos sus adversarios sintieron un estremecimiento, producto del susto o del gusto que les producía un regreso al enfrentamiento de los años sesenta: ¡al fin las cosas iban a estar de nuevo claras, después de la pantanosa tranquilidad del decenio 1963-1973! La izquierda no se había tomado el trabajo de leer su programa y mucho menos de escucharlo: le bastaba saber quién había sido, qué había hecho. Por eso, el desconcierto comenzó a invadirla cuando, después del triunfo, Carlos Andrés Pérez no abandonó su sonrisa, y sus brazos continuaron abiertos: el hombre del conflicto se proponía como el hombre del consenso. Como si eso fuera poco, con esa misma sonrisa en los labios se dedicó a sacarle a la izquierda su programa de abajo de los pies. Dos años más tarde, nacionalizaba el petróleo y el hierro, lo que para un gobierno supuestamente «pro-imperialista» como debía ser el suyo según los esquemas tradicionales, se las traía. Segundo gambito.

No tiene mucho sentido insistir en esto, que es historia bastante conocida, sino para recordar tres cosas apenas. Una, que la diosa Fortuna hizo una primera aparición, llenando los bolsillos venezolanos de una manera hasta entonces no sólo desconocida, sino insospechada: la guerra del Iom Kippur convirtió de la noche a la mañana a Venezuela en un nuevo rico, el cual no dejó de comportarse como tal. Dos, que ella pareció retirar sus favores a Pérez tan rápidamente como se los había otorgado: su partido y su gobierno perdieron las siguientes elecciones. Tres, y esto es lo más increíble de todo, Pérez salía del poder convertido en un héroe de la izquierda, unánime al menos fuera de las fronteras venezolanas (pues de puertas adentro no faltaba quien se resistiese a echar bálsamo sobre las viejas heridas).

Con todo, la suerte parecía abandonar a Pérez. Su gobierno finalizó en 1979 manchado con algunos escándalos cuya magnificación por sus opositores no hubiese podido molestar demasiado a quien como él tenía la piel endurecida, si no hubiese sido porque aquello fue coreado por la Comisión de Ética de Acción Democrática, un organismo de vida fugaz inspirado por Rómulo Betancourt e integrado por sus amigos, lo que hizo que la condena al presidente Pérez se viese también como una

inspiración de aquél: en todo caso, sus enemigos no dejaron de decirlo, incluso aquellos que tampoco tenían ninguna simpatía por Betancourt.

Había algo más, o si se prefiere, hubo algo más, con el correr del tiempo. Como la gratitud y la política nunca han hecho muy buenas migas, Jaime Lusinchi, quien había sido candidato in pectore de Carlos Andrés Pérez en 1978 - contra un Luis Piñerúa finalmente triunfador en las elecciones internas para ser luego derrotado por Luis Herrera Campíns (1979-1984) en las nacionales -, se convertiría desde el poder (1984-1989) en el más feroz adversario de su retorno a Miraflores cuando las normas constitucionales se lo permitiesen. Mientras con la mano izquierda Lusinchi movía sus fichas y el dinero público para apoyar a Octavio Lepage en contra de Pérez, su lengua se soltaba cada vez que tenía la ocasión para hacerse eco de las peores acusaciones personales contra el ex-Presidente. Por otra parte, si el juego pendular al que parecía estarse acostumbrando el elector venezolano se mantenía, en 1988 le tocaba el turno a un copeyano (eso creyó, entre otros, el actual secretario general de COPEI, Eduardo Fernández).

Y sin embargo, una vez más, Carlos Andrés Pérez logró imponerse sobre las circunstancias adversas y sobre un poderoso frente de adversarios cuyos batallones desfilaban desde Palacio. Si esta vez se puede hablar también de gambito es por la forma de ganar la postulación presidencial. La primera vez, lo había hecho gracias a la maquinaria partidista que él mismo construyera pacientemente y puesto a su servicio como Dios manda en la más rancia tradición a la vez de caudillos y *apparatchiks*. Esta vez lo hizo imponiéndose desde afuera contra aquella maquinaria: el Doctor Frankenstein no fue destruido por su monstruo, y lo venció echándole encima al «bravo pueblo».

Con eso ganó las elecciones. Cómodamente, si bien no en la forma como, diez años antes, había liquidado políticamente para siempre al primer Fernández. Al recibir nuevamente los trastos presidenciales, el hombre que había vuelto al poder gracias al recuerdo ilusionado que los electores conservaban de su primer mandato, propuso lo que más que un gambito, podría considerarse un salto mortal: esta vez no se trataba de un cambio de imagen como el que había logrado en 1973, y ni siquiera un cambio de programa (¿leyó alguien el suyo esta vez, lee alguien esos inútiles alijos de *adormidera*?). Era algo mucho más peligroso: asumir los riesgos de la impopularidad, lo más duro para alguien habituado a los aplausos.

Ese desafío de nadar contra la corriente nunca lo asumen los demagogos, los sonrientes besuqueadores de bebés, los gobernantes «buenos» y ni siquiera los buenos

gobernantes: sólo lo asumen plenamente los líderes históricos. Aquellos que no se conforman con figurar en la lista de presidentes de la República, sino que quieren que la historia de su país se divida, para bien y para mal, en antes y después de su momento. A ver en qué medida Carlos Andrés Pérez ha asumido ese papel, o para ser más modestos, en qué medida se le puede percibir haciéndolo, está destinada la segunda parte de este artículo.

De cómo entrar en la historia

Repitamos que no se trata tanto de decir en qué medida Carlos Andrés Pérez enfrenta un reto y asume un riesgo, como de la percepción que de ello se tiene, cuando faltan apenas dos años para finalizar su mandato, y sobre todo, cuando estuvo a punto de que ese fin se produjera abruptamente.

Generalmente, a cada acción de Carlos Andrés Pérez se suele oponer una de Rómulo Betancourt. Eso tiene muchas veces la intención de molestarlo, pero independientemente de la innegable estatura histórica del fundador de AD, nunca es fácil refrenar la tendencia a endiosar a los muertos: en este caso, el propio Carlos Andrés Pérez dio el tono a raíz de la muerte de aquél, diciendo que era el venezolano que más se había acercado a Simón Bolívar. Y sin embargo, algunos de sus actos de gobierno han sido más audaces, han ido más lejos y en principio podrían considerarse como de mayor significación histórica no solamente que lo actuado, sino incluso que lo propuesto por Betancourt. Un solo ejemplo bastaría: en Venezuela: Política y Petróleo, Betancourt dice que su partido «nunca coqueteó» con la idea de nacionalizar el petróleo. Pérez fue mucho más allá del simple coqueteo: a él le correspondió el *ius primoe noctis* de una nacionalización en la cual ni siquiera había osado pensar su maestro.

De igual manera, el viraje propuesto y actuado en la política económica tradicional no solamente de su partido, sino de su propia acción política a partir de su primer gobierno no es inédito: en los años 60, Betancourt produjo uno parecido, si bien en sentido diferente (aunque no exactamente opuesto), cuando se zafó de la ortodoxia «fondomonetarista» representada entonces por José Antonio Mayobre y cambió de ministro y de política con Tomás Enrique Carrillo Batalla. Pero lo de Carlos Andrés Pérez ahora es muchísimo más serio, más profundo y para bien o para mal podría influir mucho más en la historia de los venezolanos. Aquello de Betancourt se podía considerar un simple cambio de política, mientras que Pérez propone un cambio de vida. No solamente de la suya (el «nacionalizador» a la Labour Party pasa a ser un «privatizador» a la Thatcher) sino de todos los venezolanos obligados a cor-

tar con brusquedad el cordón umbilical del welfare state para, sin haber siquiera aprendido a abrir los ojos, lanzarse al swin or sink del capitalismo salvaje.

No abandonemos esos ejemplos. Con aquellas nacionalizaciones, y con una política internacional correspondiente, Carlos Andrés Pérez se convirtió en uno de los líderes de ese «Tercer Mundo» tan amorfo como fácil de complacer con gestos, sonrisas y buenas palabras. Sin embargo, es la misma persona que hoy recibe los cumplidos (casi diríamos las ovaciones si no fuese porque eso no se estila entre gente tan estirada) del Fondo Monetario Internacional, su antigua bête noire. Una de dos: o, como pretenden los ayatolás de la izquierda borbónica (rien appris et rien oublié), Carlos Andrés Pérez se echó en los brazos del capital internacional, cosa que no es fácil de comprender si, como decían los mismos, nunca había salido de ellos. O, por el contrario, es un hombre sensato con capacidad de reflexión y sentido de los cambios históricos, como dicen los eternos compradores de utopías, hoy engolosinados con la moda neoliberal.

Acogeríamos cualquiera de esas dos explicaciones, o dado el caso, propondríamos tal vez una tercera, si estuviésemos intentando este análisis desde el punto de vista de las intenciones de Carlos Andrés Pérez. Pero lo que nos interesa por ahora es ver cómo se percibe su acción. Porque el líder histórico no es sólo aquel que propone las soluciones necesarias y que las traduce en actos, sino también y sobre todo aquel que convence a su pueblo de que lo mueve un interés superior, de que tiene un proyecto de sociedad, que ese proyecto le es propio y que su voluntad está en tensión permanente, apuntando hacia ese solo objetivo. Hoy se abusa del término «carismático» para aplicárselo a cuanto charlatán logre arrancar cuatro aplausos con una frase brillante. Pero ese don se revela cuando el líder comunica a sus partidarios, y también a sus enemigos, la seguridad de que él encarna una determinada idea de su vida y de su futuro, y también que ella lo trasciende. Rómulo Betancourt renunció a bregar una segunda presidencia constitucional, y con ello terminó de convencer, a quienes aún lo dudaban, de que su ambición personal era diferente a la habitual en los hombres políticos. Antes de eso, había logrado persuadir a propios y extraños de una sola cosa: de que su férrea voluntad tenía una sola dirección, un solo blanco. Sus enemigos decían que era simple voluntad de poder. Sus amigos, pasión reformadora («revolucionaria» dijeron durante mucho tiempo, hasta que, hacia el final de su vida, él mismo abandonó tal pretensión).

Nadie discute la avasalladora energía de Carlos Andrés Pérez. Pero en los últimos tiempos había logrado dar la impresión de haber perdido el norte y, lo que es peor, de no haberlo tenido nunca bien apuntado en su brújula. Las quejas más frecuentes

se referían a su incansable dromomanía, y también a su no menos indetenible verborrea. En lugar de tener un proyecto propio de sociedad, y estar en tensión para imponerlo a cada hora del día, daba la impresión de estar comprando proyectos ajenos y aferrarse a ellos más como tabla de salvación que como proyecto de transformación. Esto no es especulación: el mismo hombre que inició su gobierno y su programa «de ajustes» diciendo que no existía alternativa, que cualquier otro gobernante se hubiese visto obligado a hacer lo mismo, decía, pocas semanas antes del golpe, que si alguien le presentaba un proyecto mejor para alcanzar las metas que se proponía, él lo acogería. Se trataba de una frase: el metamensaje era que no existía otro proyecto posible.

También es posible que eso sea cierto, pero el Presidente venezolano parecía haber olvidado una variable, a saber, que esos proyectos no son cosa de laboratorio, sino que se aplican sobre organismos vivos, actuantes, con memoria y, sobre todo, con la fuerza del número que unas veces puede servir mucho como impulso, pero que es igualmente poderoso como peso inerte. Un líder no puede confesar jamás que está actuando llevado por la fuerza de las cosas, porque si lo hace, ese líder está con eso abdicando de su condición de tal. Nos estamos refiriendo, por supuesto, a un líder democrático porque hablamos de liderazgo histórico y es la democracia su ámbito presente. Es muy posible que no hubiese alternativa a su programa económico, pero eso no lo autorizaba a imponerlo sin haberse tomado el trabajo de proponerlo. No es que lo primero debiese esperar por lo segundo, sino que cuando se esperaba una cosa (la bonanza por cuyo recuerdo lo eligió la mayoría como su Presidente en 1988) y se recibe otra sin decir «¡agua va!», ¿se puede alguien extrañar de que lo segundo sea sentido como una traición pura y simple, la mentira habitual de «los políticos»?

Tampoco nada de lo anterior es especulación en el aire. Una de las oposiciones más fuertes con que se ha enfrentado el Presidente en esta oportunidad es la de su propio partido. Tomando en cuenta las motivaciones de algunos de sus jefes, y no de los menores, tal vez esa oposición debía enorgullecerlo. Pero ese no es el problema: no solamente continúa hasta hoy siendo el partido político la mediación privilegiada entre la sociedad civil y el Estado sino que es la que mejor conoce Carlos Andrés Pérez: en él nació y en él ha crecido. Debería saber entonces que no todo allí dentro es ese pantano clientelar que pintan los enemigos à outrance de los partidos políticos. Hacia allá ha debido dirigirse, para persuadir a su partido de la necesidad de esa política, y de abandonar el apoltronamiento palaciego para echarse a la calle no sólo a persuadir a las masas de una determinada política, sino, cosa más importante aún, para ponerlas en guardia contra quienes se aprovecharían, como en efecto

lo están haciendo, de semejante cambio en la política económica. Faltando eso, Pérez ha dado pie para que se le acuse de estar favoreciendo solamente a un sector, y de que, para decirlo con la frase que más emplearán sus opositores en las próximas elecciones, al final de su mandato los ricos serán más ricos y los pobres más pobres.

¿Corresponde eso a la realidad? No estamos haciendo tampoco un análisis de la política económica del presidente Pérez, sino, insistimos, refiriéndonos a la percepción de ella en el momento en que las aguas se enturbiaron feamente con la sangre derramada el 4 de febrero. El caso es que a falta de eso, Carlos Andrés Pérez se refugió (o ha dado la impresión de hacerlo) en el bunker tecnocrático, en compañía de sus últimos fieles, el sanedrín económico que sus adversarios motejan sin mucho humor de IESA-boys*, los cuales afectan no saber nada de política y no se atreven a discutir nada a quien los elevó tan alto y a tan temprana edad.

Como todo es política, como no existe, o por lo menos se ignora, aquella mediación entre la sociedad civil y el Estado, los ministros no se atreven a hablar como no sea de asuntos estrictamente administrativos: la política se deja para el Presidente, y esa regla no la quebranta ni siquiera el ministro del Interior, de cuya existencia se olvidó el país durante largos meses; ni el canciller, de quien dos de cada tres venezolanos interrogados en la calle tendrían la mayor dificultad en saber cómo se llama. Es por eso que el Presidente de la República debe estar hablando las 24 horas del día, opinando de lo humano y lo divino, y debiendo rectificar a cada paso; no en vano se dice que quien mucho habla mucho yerra. Una de las quejas más frecuentes escuchadas en la calle era la aparente incoherencia de las tomas de posición del jefe del Estado. Muchas veces no eran tales, sino simples matizaciones de una misma idea. Pero eso no quiere decir que no fuese responsable de la confusión: si estaba obligado a hablar con tanta frecuencia era por su tendencia a resolverlo todo, a no delegar, y sobre todo por su desconfianza hacia toda mediación, comenzando por la de su propio partido. Con una consecuencia suplementaria, y nada pequeña: en un país como el nuestro, cuando el Presidente habla, todo el mundo calla. Y no por simple cortesía. Se pretendía librar así a un país del paternalismo del Estado benefactor, pero sustituyéndolo por la tutela del Estado hablador. Y ni eso: del Presidente parlanchín. Esto ha resultado sumamente grave, por la explotación que de ello se ha hecho: en el caso de una delicada cuestión fronteriza con Colombia, dando pie a acusaciones de incoherencia y hasta de traición por parte de los infaltables patriotas profesionales. Y en cuanto a la corrupción, el mucho hablar y el poco actuar llevaba a hacer creer que se trataba sobre todo de echar una cortina de humo con fines de encubrimiento.

Un gabinete mudo, un Presidente hablador y un país que refunfuña. Parecía que estábamos completos, pero éramos muchos y parió la abuela. El 4 de febrero de 1992, para decirlo con el verso de Maiakovski, tomó la palabra «el camarada máuser». Desde 1962, hacía exactamente treinta años menos cinco meses que se había callado.

La entrada en escena de este viejo actor retirado plantea el problema de que ahora hay una boca más en casa. Desde hacía treinta años, nos habíamos habituado a pensar que todos los problemas políticos se habían de resolver entre civiles. Por supuesto que nadie era tan ingenuo como para pensar que los militares habían dejado de existir, pero las consideraciones que se hacían sobre su presencia eran más bien teóricas. No se pensó que iban a hacer una entrada buscando forzar la puerta. Ahora la situación nos regresa a tres décadas atrás, y el régimen democrático comienza a mostrar unas debilidades que se creían superadas para siempre, gracias no sólo a las vitaminas nacionales, sino a la importación de vacunas tan milagrosas que en algunas latitudes se había comenzado ya a hablar del «fin de la historia».

En el momento más peligroso para su vida y la de las instituciones que encarna, Carlos Andrés Pérez demostró tener el coraje y la veteranía suficientes para capear el temporal. Pero cualquier líder político con agallas hubiese hecho otro tanto. No es cosa de ponerse a dar lecciones sobre qué debe hacer para que ese momento de crisis lo transforme de verdad en líder histórico. Pero resulta evidente que bien pobre político resultaría si no se diese cuenta de que no estamos al final del camino, sino apenas al comienzo. Que la historia de nuestra democracia no terminó el 4 de febrero de 1992, pero que de su acción depende mucho que tampoco termine cuando termine su Presidencia. Que recuerde el tesón y la claridad que tuvo para reconstruir su partido: tal vez eso le sirva para reconstruir su régimen. Para hacerlo entrar a la historia venezolana como algo más que un presidente más.

*IESA: Instituto de Estudios Superiores de Administración (Caracas). Institución de la cual proviene la casi totalidad del gabinete económico y de servicios del presidente Pérez. (NR)

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 118 Marzo- Abril de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.